

Despierta, estás soñando. 1

Estaba tumbado en el sofá. Me quedaban doce páginas. Acababa de comer. El libro fué cayendo poco a poco de mi mano. Caí dormido un instante después de leer la última página. Y soñé.

Soñé que estaba en un comedor, una habitación muy pequeña en realidad, llena de muebles viejos. Había bastante gente allí y todo el mundo estaba con su gato, gatitos pequeños, grandes, que subían por los muebles y hacían gaterías. Había uno que parecía el más listo, que su dueño lo tenía con una cadena plateada muy larga que le permitía al gatito subir bajar saltar del aparador a la mesa y de la mesa al suelo y volver a empezar sin problemas. Salí a un patio y allí la reunión se prolongaba, gente en sillas charlando a media tarde, pero me pareció que había más ambiente dentro y volví a entrar. Había un gato nuevo, grande, de pie sobre sus dos patas traseras y vestido de niña, con una faldita y una blusa. Era muy grande, como una niña de ocho años, por decir algo. Estaba apoyada en la mesa. Me acerqué para verla mejor y mi sorpresa fue enorme. Pensé. Qué ser tan extraño. Era una gataniñahumana. Su cara era de la una gata gris con rayas pero tenía expresión en la boca y en el arco de los ojos. Me fijé en sus manos que eran una mezcla de ambas cosas también. Le dije: Déjame ver tus manos y ella extendió sus manitas de niña con las palmas hacia arriba y me las ofreció, juntas, como cuando vas a beber agua con ellas. Las tomé entre las mías y las observé. Eran las manos normales de una niña, con cinco dedos, con el pulgar perfectamente formado, pero por el anverso con un bonito pelaje de gata gris. Dije en voz alta ¡Vaya, esto sí que es increíble! Comenté devolviéndole sus manos. Ella me miró, levantó sus orejas grises e inclinando un poquito la cabeza con coquetería, abrió la boca lentamente y habló. Habló y dijo:

«También sé decir *mantequilla*»

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 2

En mi otra vida. En mi universo paralelo. En mis sueños, trabajo. Sí, en mis sueños no dejo de trabajar, de hecho en mi vida paralela, en mi posible vida cuántica, en mi universo de antimateria, trabajo más que en mi vida terrestre. Y trabajo generalmente en el mundo del espectáculo. Al principio no hacía más que repetir en sueños lo que hacía en mi vida laboral terrestre, montando la escenografía un día tras otro en distintos teatros, viendo la función con los nervios habituales del trabajo frente a un público, en directo. Pero ahora he evolucionado. De un tiempo a esta parte se trata de grandes espectáculos de masas. El último en el Paseo de la Castellana. Mi trabajo era

de ayudante del regidor y en aquél mundo absurdo y surrealista desde nuestra limitada perspectiva le llevaba la petaca del intercomunicador —la batería del walkie-talkie—, al regidor jefe de un inmenso desfile. Tenía que cargar con un cable de 30 metros para concederle autonomía. Y es lo que tiene aquél mundo, que, como éste, es imperfecto y cosas que podrían resolverse con la lógica del planeta Tierra allí aún no se han descubierto. Como la tecnología sin cables. Sin embargo hay muchas cosas inmejorables en aquél lugar. Puedo volar. Pensar en varios idiomas. Ser más inteligente o no pagar el alquiler porque casi nunca me acuerdo de esos pequeños detalles y otras banalidades que aquí sin embargo me traen de los pelos cada puñetero día. Otro día estoy en el rodaje de una película. O en un estudio de grabación con artistas célebres. Apenas sé lo que debo de hacer pero mi labor es apreciada y voy arriba y abajo dando órdenes o resolviendo problemas.

A veces el asunto es más complicado y trabajo en un proyecto científico para la comprensión de una nueva especie. Un tipo de roedores blancos, del tamaño de un ser humano, dotados de grandes orejas, pero sin nada de pelo en su cuerpo, que se llaman *wannabe*. Doy conferencias sobre ellos. Estudio su comportamiento. Explico en diagramas que previamente he dibujado sus cuerpos y el funcionamiento de sus órganos. Siempre me han interesado los *wannabe*. Pero hasta ahora no lo sabía. Hasta ahora no les había dado importancia. Tal vez porque en el planeta Tierra no existen los *wannabe*, ni se conoce su utilidad, porque los *wannabe* no son útiles, intrínsecamente, más que para mí, que vivo de estudiarlos en mi otra vida. En mi mundo paralelo. En mi universo en sombras.

En realidad, si lo pensamos bien, por el nombre que tienen, todos somos un poco *wannabes*. Queremos ser. Queremos ser algo distinto de lo que somos. Deseamos muchas cosas que soñamos y que quisiéramos que se volvieran realidad y buscamos los modos de que esos deseos se realicen. Tenemos anhelos y quisiéramos verlos cumplidos. Igual que los *wannabe*.

Soñar con ellos me ha dado una pista. Creo que un día descubriremos que nuestra vida no es más que el sueño de un *wannabe* perplejo que, quizás, al despertar piense que los habitantes de ese mundo de sus sueños, donde tantas cosas son absurdas, donde esta especie extraña, de orejas pequeñas y con matas de pelo repartidas por distintas partes de su cuerpo, algo un poco repugnante si lo pensamos bien, y que él ha soñado se llaman *humanos*, en el fondo, no son tan distintos a él.

Porque en el idioma de los *wannabe* la palabra *humano* significa *quiero ser*.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 3

Anoche fue una noche animada. Mientras dormía. Soñé y soñé y soñé. Muchísimas cosas, un sueño largo de verdad, pero sólo han quedado algunos retazos sueltos, inconexos. Por ahí de pronto aparecía *ella*, otra vez. (Lo curioso es que en los sueños nos llevamos estupendamente. ¡Si lo llego a saber antes, me habría pasado estos dos últimos años durmiendo!) El caso es que lo único que recuerdo fehacientemente es que estaba en un bar de esos típicos de plaza de pueblo y que yo llevaba puesta en la cabeza una gran cabeza de rinoceronte. Bueno, no era precisamente una gran cabeza de rinoceronte, sino que era una cabeza de rinoceronte de tamaño rinoceronte, o sea enorme. Yo no la notaba, quiero decir que no era una máscara, veía perfectamente, escuchaba con claridad, no me daba calor, no me molestaba, vamos, que era como mi cabeza. Lo más divertido es que la gente me hablaba de mi cabeza con admiración, me preguntaban cómo me sentía ella, pero también me decían ¿por qué no te cambias ese jersey y te pones otro? Seguramente no hacía juego con mi espléndida nueva cabeza de rinoceronte con la que yo estaba encantado. Sin embargo al levantarme por la mañana me he mirado en el espejo y todo estaba en su sitio. Afortunadamente me he desrinocerontado por el camino.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 4

Los sueños no se suceden uno tras otro cada día que despierto recordando sino que son un continuo acontecer de hechos en un mundo paralelo. En mi vida paralela. Allí vivo junto a un gran parque municipal en cuyo centro hay un edificio, ahora abandonado, que era una piscina pública. A veces me cuelo dentro para hacer fotos. La sala principal es sorprendente, dominada por una piscina inmensa y extraña, que está enterrada, hundida, dos pisos bajo tierra como en un foso encajonado entre cuatro paredes alicatadas y una gran rampa que baja desde el nivel de la calle hasta el agua, como si se tratara de unas pomposas escaleras de palacio. Abajo, junto al borde hay un pódium de cemento para premiar a los competidores cuya base tiene la forma de los cinco aros olímpicos. Hoy en la piscina, a pesar de estar cerrada y en ruinas, se celebra un campeonato de natación acrobática y saltos. Han instalado pantallas gigantes, habilitado los vestuarios y por supuesto la han llenado de agua. Un agua verdosa y sucia. No podía ser de otra manera tratándose de una piscina abandonada. Ha venido bastante gente a ver la competición pero como no está habilitada adecuadamente y no hay tribunas ni asientos, y la piscina está ocho metros bajo el nivel del suelo, la gente merodea por el borde del hueco, viendo las acrobacias allá abajo o sobre las pantallas murales que han instalado. Todo ocurre sin orden ni concierto, las nadadoras van de aquí para allá entre el público. Se entregan medallas

en el pódium a la vez que en la piscina siguen las competiciones. El suelo está sucio y lleno de cascos. No aprecio muchas diferencias con mi otra vida ya que parece que en esta vida paralela sigo atrapado en mi misma ciudad.

En mis sueños también escribo mis sueños, sólo que sobre un teclado sin pantalla que está apoyado sobre una tabla mohosa dentro de la caja oxidada de un camión abandonado

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 5

Sueño que me invitan a participar como actor en un rodaje de una película sobre Don Quijote. Estoy dentro de la nave de una iglesia de noche con un grupo grande de personas que está interpretando una escena de taberna. Todos llevamos el vestuario adecuado pero ni nos han maquillado ni peinado. Estamos sentados alrededor de una gran mesa y hablamos, representando la escena. De pronto me doy cuenta que no sé cómo se llama mi personaje ni cuáles son las líneas que tengo que decir. Pregunto a mis vecinos de mesa si saben cuál es mi nombre pero nadie lo sabe. Entonces me doy cuenta de que no hay cámaras de cine, ni focos, ni gente moviéndose a nuestro alrededor preparando cosas y pienso que es un ensayo. El pelo, que lo llevo largo, me molesta en la cara y me pregunto si no debería de haber un peluquero por aquí, y un maquillador. Me levanto y salgo a la calle. Es un pueblo castellano y casi todo se ha transformado en un gran decorado. Torres, plazas, calles, todo ha sido alterado para representar un pueblo de aquella época. Estoy impresionado por la altura y la calidad de las construcciones de los decorados. En la noche, las falsas torres con almenas refulgen con la luz de los focos. Al pasar junto a una verja que quiere simular ser de hierro forjado veo que es color arcilla, la toco y parte de la filigrana se deshace como barro al tocarla, intento dejarla como estaba y sigo adelante. Al fondo de las calles acotadas para el rodaje se ve la vida cotidiana del pueblo, un bar, luces eléctricas, gente que pasa. Salgo del perímetro del plató y voy caminando por una calle más ancha que está atestada de gente, por la calzada viene lentamente hacia mí una furgoneta Volkswagen de estas redondas que usaban los hippies o los surfers en los sesenta. Tengo que apartarme un poco para dejarla pasar en medio del gentío y veo que está muy destartada y el salpicadero lleno de cosas, vasos de papel, carpetas, muñequitos colgados del retrovisor, lleva la luz de dentro de la cabina encendida y veo que el que la conduce el Johnny Depp. Pienso que ésta es una producción importante si él está en el rodaje. Sigo caminando y un poco más adelante viene otra furgoneta también con las luces encendidas. Esta viene llena de tipos barbudos y grasientos riéndose, bebiendo y comiendo pizzas, está notablemente abollada y sucia por dentro y por fuera y el que conduce también va comiendo. La cabina del conductor es un auténtico basurero, llena de cosas a rebosar. Al pasar junto a mí les digo por la

ventanilla. *Eh! Esta mola más que la de Johnny.* Se ríen a carcajadas y festejan mi broma de forma estruendosa mientras pasan a mi lado. Sigo andando hasta salir casi de los confines del pueblo que aparentemente está en fiestas. He debido de perder mucho tiempo porque cuando vuelvo veo que de un edificio antiguo del centro del pueblo todos los actores con los que estaba compartiendo la escena de la taberna van saliendo correctamente peinados de época y maquillados en exceso. Las caras brillantes y la actitud un poco engolada para que no se les corra el maquillaje. Voy a entrar al edificio y en las escaleras pregunto a uno y a otro de los que van saliendo y me miran con displicencia, sin dirigirme la palabra, cosa que me extraña bastante.

Ahora estoy en la Plaza de España de Madrid. Voy conduciendo un coche por la calle Princesa que está llena a reborar de camiones de bomberos. Algunos están detenidos en el centro de la calzada y otros circulando, las mangueras cruzan la calle y hay mucho movimiento de gente. La persona que viene conmigo, que va sentada detrás de mí, me advierte que tenga cuidado que algunos de los camiones de bomberos que suben en nuestra dirección llevan los faros de delante rojos y no blancos de manera que no se sabe si es la parte de delante del camión o la de atrás, o si van de frente o vienen retrocediendo. Y efectivamente de pronto me encuentro de frente con un camión de bomberos inmenso que lleva los faros de delante rojos, y que viene sorteando a los otros camiones de bomberos, casi no puedo pasar con el coche que conduzco y ellos en sus maniobras tienen prioridad. Estoy rodeado de camiones de bomberos por todos lados, ya no puedo avanzar. Dejo el coche sobre la acera y me bajo. En la primera planta de la Torre de Madrid se ha declarado un incendio. Se ve claramente desde la calle. Grandes focos blancos iluminan el incendio. Me asomo desde la esquina, miro hacia arriba y alguien me hace señas desde arriba, voy hacia el portal del edificio y subo por las escaleras. En realidad no es un incendio real, se trata de un rodaje. Me están esperando para hacer mi escena y yo soy Johnny Depp.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 6

En el sueño de anoche positivaba varias fotos de gran formato a las que añadía textos, referencias en forma de palabras. Un cuerpo femenino desnudo tumbado en un suelo blanco, como una estatua, rígida, y sobre él una línea de palabras. Cuando lo daba por terminado lo guardaba en el disco duro de mi alma y continuaba con otro, pensaba que estaba soñando y que seguro lo recordaría después, cuando volviera a la vida. Pero no fue así. Al despertar no recordaba nada con certeza. Solo la imagen de una de las obras, una tira muy larga, como los fotogramas se disponen en un rollo de celuloide, de fotos diminutas, una especie de microfilm larguísimo. ¿Cómo, dónde exponer, publicar, reproducir tal obra? Un disparate y sin embargo es lo único que quedó de todas esas obras concebidas mientras estaba muerto, en el limbo del que

duerme, del que se reencarna en mi mismo cada mañana. Así los libros que leo mientras estoy muerto, los paseos que doy mientras estoy muerto, las conversaciones que mantengo mientras estoy muerto, los saltos al abismo, los platos que cocino, los viajes que hago mientras estoy muerto, me sirven para distraer esas aburridas horas de la quietud del cuerpo. La mente que nunca descansa, ni en esta vida ni en la otra, es el hilo conductor que une a éste que soy despierto con ese que soy cuando estoy muerto cada noche, o cada siesta, o cada cabezada de sueño. Ese hilo está firmemente atado por ambos extremos, como el cable de un funicular. El cabo que está del lado de este que escribe ahora, en este día primaveral del invierno de La Gran Ciudad, quisiera cambiar de estación de término y que cuando despertara de mi próxima muerte encontrar junto a mí en la cama la embriaguez de una piel familiar y que el entorno del nuevo renacimiento fuera en esa pequeña ciudad de la que solo me hablan bien los que no la conocen.

Pero, ¿por qué no? Si muchas veces mientras estoy muerto soy consciente de que hay otra vida esperándome al otro lado del limbo y eso me ayuda a modificar incluso los hechos que me están ocurriendo, como por ejemplo no asustarme ante una agresión sufrida durante el sueño, porque sé que estoy muerto —o dormido que es lo mismo— y que nada le va a pasar al cuerpo que despertará aparentemente intacto. Así espero modificar desde el lado de la muerte el espacio donde reencarnar por la mañana y despertar donde yo quiero estar, en las condiciones que quiero e incluso modificar las circunstancias para que ese lugar de apariencia poco deseable se transforme en una nueva Roma, un nuevo París, un nuevo Madrid, a mi medida, con los monumentos que yo elija, las avenidas que amo, las salas de cine que me gustan, como en un Monopoly de la imaginación superpuesto sobre este Monopoly real que en verdad es un espejismo que se puede disipar instantáneamente frotándose uno los ojos con energía, convicción y deseo.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 7

No parece nada preocupante en principio pero yo lo he sentido como una señal inequívoca:

He tenido un sueño y los actores que interpretaban mi sueño *actuaban mal*.

Una interpretación de tercera. Peor que en un telefilm de las cuatro de la tarde. La historia también se las traía, era mala de cojones. Un conflicto entre tres etnias en un barrio. Los chinos, los negros y los latinos. Los malos eran más altos que yo, hacían gestos raros con las manos cuando hablaban, sonreían torciendo el gesto y cuando se volvían nunca miraban hacia atrás. El bueno que estaba con los malos me miraba con ojos glaucos de lágrimas para que yo supiera que era bueno pero era porque estaba enamorado de mí con un amor culpable que venía desde el instituto. Los asiáticos

ponían cara de estar sufriendo en Vietnam metidos en un garaje de barrio que era su tienda y los negros eran inexpresivos, llevaban cadenas gruesas en el cuello, ropa de beisbol y estaban interpretados por cantantes de rap. Los más blanquitos, los latinos, tenían un grupo paramilitar que desfilaban en fila de a dos por las aceras que daba risa verlos. El vestuario y el maquillaje pésimo. Las localizaciones penosas.

Era tan fácil ser el protagonista. Era tan fácil ser el mejor. Aunque solo hubiera tenido tres líneas habría chupado cámara porque era el único que lo hacía bien. Yo era un tipo seguro, integro, rudo, pero, sobre todo, era un tipo sin miedo. Llevaba un fusil viejo como adorno porque con mi mirada y mi aplomo resolvía todas las situaciones. Además estaba luchando por la justicia global, no por beneficiar a unos, a otros, o a mí mismo. Un papel agradecido, cien por cien Bogart. Quizás fuera porque además yo era el productor de esa bazofia, pero no lo puedo asegurar porque el sueño era tan malo que ni siquiera me quedé a mirar los títulos de crédito.

Me levanté, un tanto perplejo, tras salvar al mundo y me hice un café.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 8

Va a haber una guerra. Otra. Una guerra civil. Una familia lo sabe. Viven discretamente, sin aspavientos, en una finca un poco más arriba de nuestra calle. Su solar está partido en dos porque el ayuntamiento hizo una calle nueva de por medio. A ellos no les importó. Viven felices. Él es muy inteligente aunque el que de verdad sabe de la vida es el abuelo. El abuelo va en moto y ataja por los prados para llegar al centro, haciendo competiciones absurdas con sus nietos que van a pie. Ellos, esta familia, saben que va a haber una guerra. Y que va a ser buena. Como todas las guerras. Cuando oí hablar de *el-nozri* fue en una charla improvisada que estaba dando el abuelo. Había puesto un mercadillo en la calle, delante de su casa, para vender algunas cosas. Y estaba diciéndole a no-se-quién *Estos son representaciones de el-nozri*. Yo creía que eran dos saleros. Pero resulta que eran representaciones de los vasos que dios colma. Quise aprender la explicación y tomé un periódico que había encima de una caja para escribir en él lo que estaba diciendo. Le pedí algo con lo que escribir y el abuelo me pasó un lápiz gastado. Al ponerlo sobre el papel del periódico me di cuenta que éste estaba húmedo y que se escribía fatal. Sin embargo le pedí que me volviera a repetir la explicación y volví a mirar los saleros intentando entender y que no se escapara de mi memoria.

Ellos están tranquilos a pesar de tener este conocimiento que a otros podría atormentar. Sonríen, cuidan a sus hijos, gozan de tener inteligencia y compartirla entre ellos. Siempre entre ellos. Los coches bajan por medio de su finca a la que ni siquiera le han puesto vallas. Cruzan por la calle un poco empinada como si fuera el pasillo de

su casa. La casa es pequeña. Casi modesta pero bien arreglada. Está limpia y aparenta inteligencia. Incluso la casa aparenta inteligencia. Durante el mercadillo del abuelo dos jóvenes en un coche viejo se acercaron por allí, los vi bajarse cuando yo estaba intentando escribir sobre el periódico húmedo. Tal vez pensaron que estábamos hablando de ellos porque se bajaron y nos miraban. Yo los veía por encima del periódico a la vez que escribía. Después, en casa, intenté reproducir la escena escribiendo cada línea en un papel diferente. Puse ocho cuartillas en fila y escribía una línea en cada uno de los papeles. A lo lejos se veía el mar. Yo también pensaba ya por entonces que iba a haber una guerra, el viejo me convenció sin decírmelo. Supe que iba a haber una guerra solo con oírle explicar lo que eran los *el-nozri*. Y porque imaginé que los jóvenes que se bajaron del coche viejo pensaban atentar contra ellos. Pensaban distinto que ellos, estaba claro, porque no parecían inteligentes, sólo parecían jóvenes y tenían miedo. Los imaginé con capuchas poniendo una pancarta en las fiestas del pueblo de reivindicación de los presos políticos. De pronto yo también me sentí tranquilo. Pensé *ahora sí que quedan cinco minutos para la eternidad y no hay quién pare este reloj*. Una guerra. Otra. Con los medios de ahora, los de comunicación, porque los bélicos serán otra vez piedras y palos. La policía local estará de parte de los perdedores, de los débiles. Como siempre, se pondrán de su parte, pondrán sus armas y sus vehículos al servicio del pueblo. Es lo que quieren los que quieren la guerra. Armar al pueblo. Asalararlo. Oprimirlo y que estalle el conflicto. Ahí está el negocio. La evolución. En que haya una revolución y sea excusa para que empiece una ocupación armada. Que el pueblo reaccione. Y ya está. La guerra está servida. Aparentemente será por motivos religiosos esta vez pero lo cierto es que la familia con la finca partida en dos sabe que no es por eso, sabe que es porque tiene que haberla. Porque es bueno. Una guerra trae prosperidad. Nivelada la tasa de crecimiento. A la larga estimula el negocio inmobiliario. Desarrolla los avances científicos. Equilibra la relación con nuestros vecinos. Detiene el pensamiento filosófico. Estanca la libertad de la juventud. Estimula a los artistas en el exilio lo cual siempre es propaganda para el vencedor. Que hablen mal es lo mejor para extender una idea hasta el infinito.

Quinientos años después de la muerte de Cervantes sigo leyendo sus libros. ¿Cuántas guerras han ocurrido desde entonces? ¿Qué ha habido de malo en ellas? Sólo un pequeño parón. Un breve estancamiento. Pero no mayor de lo que significa el otoño con respecto a la primavera. No mayor de lo que es un resfriado en la vida de un niño, que, además, cuando se levanta de la cama, ha crecido dos centímetros.

Hay que estar preparado. El trabajo va a escasear. Hay que ahorrar. Irse a vivir al pueblo de los mayores a cultivar hortalizas y a proteger la cosecha con alambradas y escopetas. Volverán las escopetas, las armas en desuso, porque el pueblo está armado, no la burguesía. La burguesía tiene el conocimiento y la ignorancia. Saben que una guerra es necesaria pero no imaginan que pueda ser aquí. En su próspera ciudad. En su país emergente. Sin embargo nada han hecho para remediarla. Para impedirlo. Simplemente pensaban que aquí no era posible. Que esos tiempos ya habían pasado. Que el mundo era otro que el de sus mayores. Qué ilusos. Siguen comiendo zanahorias cultivadas en el pueblo y creen que nada es igual que hace cincuenta años. Por qué una guerra iba a ser tan diferente del cultivo de zanahorias.

Ellos tampoco se preparan especialmente. Quizás se vayan al extranjero donde la guerra tardará en llegar. Dejarán sus puestos de privilegio con tranquilidad, empaquetarán sus cosas y se irán con su inteligencia a prosperar gracias a la guerra que han dejado atrás, que han contribuido a producir, que han estimulado con sus acciones pacíficas, con sus gestiones diplomáticas, con sus acuerdos bilaterales, con sus pactos políticos. El abuelo seguirá haciendo de las suyas, montando sus mercadillos, exponiéndose a que atenten contra él los jóvenes huraños que descienden de coches sospechosamente viejos y abollados. Ignorándolos porque no le parecen peligrosos. No piensa siquiera que él, que su vida, tenga importancia. Al fin y al cabo es una generación, tarde o temprano darán el testigo a otros y el mundo seguirá su curso después de que los saleros místicos del viejo se hayan colmado hasta los topes. El viejo sí que sabe. Por eso está tranquilo. Porque le da igual morir. Por eso disfruta cada minuto con una sonrisa inteligente en los labios.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 9

yo estaba en una guerra, pero no en cualquier guerra, era una guerra nuestra, muy nuestra, una guerra civil, pero no era aquella de la que estamos hartos de oír hablar, no, era una guerra civil ahora, contemporánea y era aquí

todo transcurría entre la estación de atocha y el museoreinasofía y era de noche como en todas las guerras y yo me preguntaba por qué y cómo no nos dimos cuenta de lo que se estaba gestando

y me confirmaba que era verdad que había gente llena de odio por lo que se estaba consiguiendo y que todas esas palabras, esos gestos abruptos en los mítines electorales y en los medios de comunicación que parecían veladas amenazas lo eran y reales

todo el suelo estaba lleno de agua porque explosiones y bombas siempre significa rotura de tuberías y por otra parte era como una coreografía de una guerra porque estábamos sufriendo un bombardeo en las instalaciones de la estación de trenes pero ninguno de los que estábamos allí llevábamos armas ni disparábamos ni un solo tiro, solo estábamos en nuestras posiciones mirando por las ventanas, protegiéndonos, éramos el ejército regular y estábamos defendiendo instalaciones oficiales pero no sé cómo, mirando por las ventanas y agazapándonos asustados unos, cansados otros y otros que, como si fueran obreros en el trabajo, se iban a su casa a dormir cuando acababa su turno

cuando el fuego de tierra cesaba, que para saber que había cesado había que esperar, dejar transcurrir mucho rato en silencio, entonces salíamos a los patios,

abríamos ventanas, respirábamos y veíamos que en la plaza, un poco más lejos, la gente salía a pasear y a mirar los aviones que bombardeaban otras posiciones un poco más lejos y que se podían distinguir flotando en lo alto de la noche oscura por los penachos de balas trazadoras de color rojo que expulsaban de tanto en tanto

los hombres aprovechábamos para hablar en ese momento, que era como si la jornada terminara e hiciéramos un resumen del día, veíamos desde nuestra posición a los nuestros, a los de intendencia, sellando almacenes y estancias con un producto que era como pintura blanca muy espesa a la que prendían fuego, ardía durante unos instantes con una gran llamarada y plastificaba las puertas y los accesos como si fuera fibra de vidrio instantánea y yo pensaba, mira qué modernos, hasta en eso hemos avanzado y volvía a pensar quién puede odiar tanto a la gente que quiere expresarse libremente y sobre todo qué esperan conseguir, matar a mucha gente, tener el poder - si ganan- muchos años y después todo volverá naturalmente a sonreír porque no hay lugar donde exista la tristeza eternamente, ni siquiera en la tierra

los que eran un poco artistas expresaban su creatividad y entre las ruinas veías señales de su paso y claro, ya no era sólo dibujar el retrato de la novia porque estamos en la era posmoderna, había los que hacían instalaciones en medio de las ruinas en sus ratos libres y para liberar su espíritu y los que teníamos aficiones similares, al calor de un cigarrito nos contábamos viajes y experiencias, ojeábamos revistas sobadas y viejas, hablábamos de cómo sería si y que ya antes había indicios y que armar a un bando y reclutar a gente para organizar una rebelión no era cosa de dos días, esto no era algo espontáneo y nos preguntábamos cómo nadie se había dado cuenta, cómo nadie hizo nada si circulaban rumores y cómo hemos podido llegar a esto de ahora que eran cascotes por el suelo y agujeros por los que se veía el cielo dónde debería de haber un techo

volvía hacia mi posición atravesando un patio encharcado todavía sorprendido de ver que la gente seguía saliendo a la plaza del reinasofía a contemplar los bombardeos, y cruzó andando frente a mí un niño muy pequeño uniformado igual que yo, igual que todos nosotros y pensé que quien le hizo ese uniforme en miniatura es perverso porque no cree en la paz si no que espera la prolongación de la guerra y que ese niño la lleve en el corazón

la noche no terminaba nunca, entre todos los soldados sólo había una persona que yo conociera de antes porque habíamos trabajado juntos y yo buscaba su opinión a última hora, y era alguien a quién podía dar un abrazo, que qué bien venía abrazar a alguien después de una noche de peligro y miedo cuando aquellos que se lo tomaban como un trabajo se cambiaban en los vestuarios, se lavaban la cara y el torso, se despedían con un hasta mañana y se marchaban

caminando entre los charcos

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 10

Cinco minutos antes de la eternidad habrá una horda de zombis con el rostro enrojecido, los ojos desorbitados pero de mirada inteligente, transmitiendo el mal que llevan dentro. No son muertos que han vuelto a la vida, éstos nunca han estado vivos. La muerte nació en su oscuro corazón a la vez que su ambición. Bajaron implacables por una rampa de tierra burlándose de nuestra inocencia al pensar que podríamos vencerlos. No hay fuerza ni poder que los detenga. Están ocultos en una mansión terrorífica que se encuentra oculta entre la vegetación, desviándose por una pista sin asfaltar en el kilómetro 191,92 de la carretera que va a Barcelona. Desde allí emanan las ordenes que mueven el mundo. Desde allí ejercen su poder indestructible. Ellos inventaron un dios, la religión, los ejércitos. Inventaron a quienes mandan, les pusieron rostro, los vistieron con traje y corbata y como las marionetas de Salzburgo les hicieron representar la ópera de nuestro tiempo, de todos los tiempos. Son cobardes porque no necesitan ser valientes. Sólo los pobres necesitan ser valientes. Tienen esbirros que violentan en su nombre aunque nada hay tan placentero como saltarse sus propias reglas y matar con sus propias manos a una víctima maniatada de vez en cuando para alimentar su odio, su perversa condición.

Nos colamos en el recinto prohibido siguiendo las instrucciones descifradas de un libro que hablaba de su organización. Quizás el autor ya había sido eliminado. Nosotros, que representábamos a las fuerzas del bien en esta farsa, queríamos llegar al fondo del asunto. Desvelarlos. Asesinarlos en nombre de la humanidad. Nada más inútil. Nada más absurdo. Fuimos ejecutados entre carcajadas sardónicas y nuestra acción nunca fue conocida. Simplemente desaparecimos de la faz de la tierra. El asombro de ver entre ellos a algunos que teníamos por buenos, por enemigos de ellos incluso, fue lo que nos venció.

¿Cómo poder luchar por tu vida contra alguien querido transformado ahora en monstruo sanguinario? La dulzura de sus rasgos transformada en crueldad, la suavidad de sus movimientos humanos trocados en saltos de animal. Sus cuerpos antes felices convertidos en armas de destrucción sin piedad.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 11

Las pocas veces que he soñado contigo las sensaciones son de sueños incompletos, de acciones inacabadas, de fragmentos inconexos en los que siempre, al final, desapareces tú. Esta vez todo ocurría en una factoría similar a una fundición, con elementos arquitectónicos y ornamentales en hierro colado: el mecanismo que cerraba

las grandes puertas se ocultaba en dos cocodrilos *naif* pintados de verde que flanqueaban la puerta que daba al campo. En la gran nave había dos grandes apartamentos con suelo de parquet, donde habíamos dormido y nos acabábamos de despertar tú y yo, con muchas creaciones tuyas diseminadas por el suelo, y gente que entraba y salía. En lo que era tu estudio, en medio de tu lugar de trabajo, en un espacio circular metálico un poco cibernético, como la cabina de mando del *Enterprise*, había una pareja de artesanos, él medía más de dos metros y ella era pequeña, cuando me los presentabas él me hacía un juego de manos de esos que se hacen para impresionar a los niños. Ellos se dedicaban a hacer zapatos infantiles que cuando estaban acabados los recogía de la mesa-taller una grúa-pinza con la forma de dos avestruces gigantes forradas de fieltro gris, dignas de un diseño de Henson (el de *Barrio Sésamo*) que basculaban y se inclinaban gráciles para recoger con sus picos los zapatitos acabados y los llevaban a otra parte. De pronto aparecía por allí un *cicerone* trajeado que me enseñaba todo aquello como esa gente que te hace una *tournee* explicativa por su empresa, que yo contemplaba sin demasiado interés ya que ya empezaba a echarme de menos, salíamos a la gran nave y cuando estaba en medio de su aburrida explicación empezaba a entrar gente por el portón que daba al campo y me decía *empieza a llegar gente para la reunión* y efectivamente empezaban a entrar tipos encorbatados y mujeres mayores acompañadas de sus hijas, que, como cuando andan de compras por la calle Preciados, se movían erráticas y sin rumbo fijo interrumpiéndome el paso, yo quería apresurarme para llegar al apartamento y no estar allí en medio, que no me interesaba nada, le pedí paso a una adolescente un poco torpe que no sabía si avanzar o no y que se quejó a su madre de mis modales. Cuando llegué al apartamento-estudio estaba todo ordenado, al fondo un herrero trabajaba en su fragua que, como si fuera un fotomontaje absurdo, estaba en medio de tu estudio. La piel empezaba a caérseme a tiras y lo achaqué a la humedad a la que no estoy acostumbrado, tiraba de un pellejito y salían piezas del tamaño de un pañuelo, mis brazos estaban tostados y un poco escamosos como después de haber tomado el sol un mes entero, yo estaba en calzoncillos y me daba igual. Te eché de menos otra vez, busqué mi ropa y me desperté, pero todavía sigo soñando.

.

.....

.

Despierta, estás soñando. 12

Voy en una furgoneta con mi novia del instituto. Nos detenemos en un descampado a follar. Extiendo un edredón blanco en la parte de atrás y nos acomodamos allí. Nos desnudamos y entonces yo me desdoble en dos personas idénticas y ella junto a mis dos yos hacemos un trío. Es excitante porque mi otro yo tiene vagina. Es lo único que lo hace distinto a mí. Me atrae muchísimo y acabo penetrándolo. Mi noviecita vuelve a la parte de delante de la furgoneta y se sienta en el asiento del conductor a fumar

mientras yo hago el amor conmigo mismo en la postura del misionero. Nos besamos mientras lo penetro, está muy estrecho y entrar dentro de él es muy agradable.

.

.....

.

Después de un sueño agitado

Me levanto con extrañas sensaciones, no, no es cansancio, ni enfermedad, solo que siento mi cuerpo ajeno, distinto. Voy a la cocina y, semidormido aún, me hago un zumo de naranja. Mientras desayuno me siento delante de la pantalla del ordenador y en su mancha negra, aún apagada, veo reflejado un rostro envejecido modelado por un rayo de sol que entra a mi izquierda, por la galería que da a la calle que se desmereza con los primeros quehaceres anónimos de una ciudad impasible.

Al mirar con más atención me sobresalto ante la imagen que refleja de mí y me levanto de un brinco, del que, por supuesto, se resienten mis articulaciones, manifestándolo con un gemido que escapa involuntariamente de mi cuerpo. Voy corriendo, casi renqueando, al cuarto de baño a mirarme en el espejo. La imagen que me devuelve me deja horrorizado. Conteniendo un grito observo que no soy yo el que está al otro lado mirándome asustado. El que me mira con una mezcla de asco, extrañeza y repulsión es un hombre de cincuenta años, despeinado, sin afeitarse, de mirada brutal y vacía, abotargado, con bolsas bajo los ojos recorridas por arrugas que suben, bajan y se entrecruzan sin orden ni concierto por este rostro extraño que recuerda lejanamente al mío. La frente acuchillada por marcas profundas imposibles de borrar ni estirando la piel con las manos. Unas manos cubiertas de manchas oscuras y pelos, surcadas por venas azuladas. Manos con piel de ofidio albino. Las miro con detenimiento, me vuelvo a mirar la cara en el espejo y las acerco hasta rozar con su piel áspera el rostro deformado. Está claro, esto no es una pesadilla, pero ese que me mira no soy yo. Yo soy otro.

La pócima está dejando de hacer efecto.

.

.....

.